

procedimiento del régimen de la República de los Soviets.

No tan sólo los representantes oficiales — abiertamente sobornados por el capital de las naciones vecinas — se empeñan, por medio de la prensa de la Europa occidental en demostrar que el sistema del Soviet arruina la economía y destruye, sinó que lo mismo están haciendo aún los socialistas del orden.

En efecto, un jefe, Kautsky, en su último libro "Rusia", desarrollando la misma calumnia, sostiene que el régimen de los Soviets es esencialmente incompatible con el adelanto económico.

¡Calumnia! Sobre este punto, compañeros, nosotros tenemos el derecho de presentar documentos comparativos, para demostrar que nuestra economía se apoya sobre bases mucho más sólidas que las de la economía europea occidental.

¿Qué nos demuestra la economía alemana? Nada más que una progresiva ruina.

La industria germánica del carbón, está desequilibrada, y sus pozos quedan abandonados y obstruidos uno tras otro; las provisiones de electricidad están empobrecidas; las fábricas no cumplen sinó en mínima parte a los pedidos recibidos; la desocupación se levanta cada día más amenazadora, y los transportes son un desquicio.

¿Qué diremos de Austria, de este país de confusión, de miseria y sin rumbo?

La economía está en la más absoluta ruina, las calles de sus ciudades quedan más a oscuras que las nuestras.

Las calles están deshechas, los trenes paralizados, en fin, la situación de Austria no es por cierto mejor que la nuestra. ¿Y los países vencedores? En Francia, toda la región septentrional, eso es la parte industrialmente más desarrollada, se halla en absoluta devastación y ruina.

La metalurgia francesa, la industria textil, la siderurgia, la industria del azúcar en el territorio de Soisson, todo eso está en la nada, destruido hasta el fondo. Las plantaciones de remolacha en el Norte de Francia se han convertido en verdaderos desiertos a consecuencia de la devastación de la guerra.

Tendrán que pasar meses y años para que esas regiones vuelvan a ser aptas para la producción.

Bélgica se halla del todo empobrecida. Exceptuando el servicio de carruajes, los demás transportes sufren una crisis espantosa.

Estando a los relatos del americano Vandervild, en Bélgica los hombres son utilizados como bestias de carga, de manera que, por falta de animales, los atan a los vehículos.

La civilización europea se deteriora doblemente; en primer lugar porque substrahe a la

producción útil aquellos trabajadores que destina a las industrias militares, y, secundariamente, porque emplea esas producciones en destruir la obra del trabajo humano.

Así que la Europa capitalista no ha hecho más, durante cinco años, que destruir su propia economía.

Vandervild, el hombre de negocios ya mencionado, y que es un representante de la firma Morgant, habla del ocaso de Europa, si no interviene la ayuda norteamericana. El afirma que Europa está bajo la parálisis de trabajo, y que una atmósfera de inacción general e indolencia pasiva común oprime a todo el mundo. ¿Y como podría ser de otro modo, cuando, después de largos años de abrumadora tensión de todas las energías, después de todas las bellas esperanzas fracasadas, el proletariado europeo se resigna a volver a los viejos establos capitalistas, a la colosal explotación burguesa? ¿Cómo podría el obrero hallar en sí nuevas energías y manantiales de fuerza, encontrándose — como dice Vandervild — en el mortífero "oleaje de extraordinaria haraganería?"

Lo mismo, si bien en forma más velada, confirma el más competente representante de la industria francesa.

He ahí que dice el ingeniero francés Jouguet, hablando en nombre de la Comisión Técnica de los ferrocarriles:

"Durante la guerra los ferrocarriles han prestado un trabajo colosal. La reconstrucción no se ha completamente verificado; el deterioro no ha sido remediado; las reparaciones indispensables no se han realizado.

Por consecuencia, en todas las reparticiones ferroviarias se acumularon elementos de disolución.

El personal se desgastó lo mismo que el material. No emitió un flujo de nueva fuerza para llenar los vacíos, y se tuvo que dirigirse a obreros ya jubilados a la milicia territorial, o sea a hombres que no tienen instrucción técnica.

La crisis ferroviaria — dice Jouguet — es principalmente una crisis de impericia".

De esta manera, constatamos hechos que nos revelan históricamente el ocaso espiritual de la industria capitalista.

Los hombres no tienen más energía, ni decisión, ni voluntad, ni deseos, ni capacidad para sufrir más adelante el yugo capitalista.

Y este representante de los ferrocarriles, el ingeniero Jouguet, dice lo mismo que el observador americano.

Este nos habla de una oleada de pereza abrumadora; el otro nos habla de cansancio, de abandono, de inercia.

En su última relación él determina el camino y los medios para superar esta crisis, pero nosotros nos damos cuenta exactamente que

la Europa occidental no podrá superar esta crisis.

La burguesía, durante el curso de la guerra imperialista, ha sustraído a la clase obrera demasiada energía, muchas fuerzas morales y físicas, ha defraudado demasiado sus esperanzas y sus aspiraciones, para poder descubrir ahora una nueva fuerza de energía potencial en la misma clase.

La clase obrera europea se demostrará hoy capaz de encontrar en sí misma bastante cantidad de fecunda energía para asumir la responsabilidad de la economía en Europa.

¡Compañeros! Todos estos fenómenos existentes en Europa se manifiestan aquí entre nosotros en forma doble. El compañero Rykow ha dicho como nosotros, en el curso de dos años, hemos sido despojados de las mejores fuentes de nuestras materias primas y de nuestra industria. Hemos sido robados mecánicamente, porque hemos sido violentamente separados de ellas.

Hemos sido aislados de Polonia, por la cuenca carbonífera de Dombrow, que alimentaba principalmente la industria polaca; hemos sido aislados del mediodía de Rusia que abastecía el 90 por ciento de nuestro carbón, si no se tiene en cuenta la cuenca de Dombrow y el carbón importado.

Nosotros importábamos por valor de 500 millones y el mediodía nos daba 17.750 millones. Hemos sido aislados de las fuentes que producen la nafta, que nos daban cerca de 600 millones de pud.

Nuestra industria se alimentaba por dos tercios de combustible mineral, sólido o líquido. Separarnos de todo esto, significó minar en el edificio una parte vital de sus cimientos: naturalmente, el edificio sufrió una sacudida de arriba abajo y en parte se derrumbó.

Lo que debe sorprendernos, es que este edificio aun subsista en proporción del veinte o del treinta por ciento y que algunas ruedas del mecanismo estén aun en movimiento.

Nosotros estábamos excluidos del Turkestán, rico de algodón. Nuestros transportes se alimentaban principalmente de carbón y nafta. Nuestros ferrocarriles gastaban cerca de 500 millones por año de combustible sólido y líquido. Casi de improviso, todo esto nos fué arrancado. ¿Se puede culpar al régimen? No hablo de cada institución del supremo consejo económico, no de sus órganos, si no del régimen en conjunto; del poder de los Soviets, de la expropiación de las grandes empresas y de los ferrocarriles.

¿Está en ellos la causa del mal?

¡Compañeros! La fábrica puede ser capitalista, puede ser propiedad de un individuo o de una sociedad por acciones, puede ser propiedad de un trust, socializada en un período de

transición, o una parte de la economía comunista; pero, si se le quitan las materias primas, si se le quita el combustible, sus chimeneas no echarán humo ni darán vuelta sus ruedas.

De las cifras que os ha presentado el compañero Rykow, solamente los dependientes del capitalismo, y los chariatanes que especulan sobre la falta de instrucción y de cultura de las masas trabajadoras atrasadas, pueden deducir una conclusión contraria a la economía comunista.

La historia nos enseña, oh compañeros, que el avance de un régimen social a otro se produce a costa de enormes sacrificios, también en el terreno económico. El hombre adelanta lentamente, porque tropieza, cae; algunas veces cae más abajo de donde antes estaba y precisamente entonces vuelve a levantarse.

La humanidad estuvo mucho tiempo sumida en la esclavitud, antes de llegar a poseer la propiedad de la persona.

Permaneció en ese estado hasta que todo fué suprimido por una ola de barbarie, que barrió la antigua civilización esclavizadora.

Todo esto fué conquistado por la destrucción y la guerra civil. Los obreros y los peones franceses eran, al final de la revolución francesa, más pobres que al principio. Ellos se sublevaron a consecuencia de la pobreza y de la opresión que sufrían, pero si esa lucha y la guerra civil y la consiguiente guerra mundial aumentaron la pobreza, crearon también al mismo tiempo las bases para el aumento de riqueza.

Y la Francia burguesa con su potencia y su civilización, ha salido de los dolores, de la miseria y de la pobreza, de esa pobreza desesperante que había sido originada por la revolución francesa.

Se recibe la impresión de que la humanidad, esta llamada humanidad conservadora e inmóvil, esté sobre una escalera y cuando más alto suba, la escalera se rompa debajo de ella y la humanidad precipite y comience de nuevo a trepar.

Esto sucede en Rusia, en toda la economía universal.

Esta ¡oh compañeros! es la experiencia del pasado; pero nosotros, ahora, para no perder las perspectivas y el coraje, debemos deducir del carácter y de la significación de la época que entre nosotros se produce un nuevo factor de valor inapreciable: — el proletariado consciente, un miembro de la sociedad armónicamente concorde, quien se siente responsable del destino de su país y de su economía.

"No tenemos más que una república: es el mundo."